

Perspectivas de Argentina para convertirse en Socio Global de la OTAN

El actual gobierno argentino ha expresado públicamente su interés en fortalecer los vínculos con la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) mediante la presentación de una solicitud formal para ser considerado “socio global” de la Alianza. Esta categoría no implica membresía ni compromisos de defensa mutua; más bien, establece un marco de cooperación política, técnica y militar similar al que mantienen países como Colombia, Japón o Australia. Hasta el momento, la iniciativa se ha mantenido, en gran medida, en el plano declarativo y diplomático, sin avances concretos en la implementación de programas específicos de cooperación bajo este esquema. En este contexto, la cuestión central no es la membresía en la OTAN —jurídicamente imposible—, sino la posibilidad de avanzar hacia un nivel de asociación que Argentina no ha tenido desde la década de 1990, cuando su cooperación con Occidente era más activa.

En paralelo, desde la asunción del actual gobierno, se han concretado varias adquisiciones y negociaciones en materia de defensa que, si bien no están explícitamente vinculadas a la solicitud ante la OTAN, pueden interpretarse como coherentes con un proceso de modernización alineado con estándares occidentales. Entre los ejemplos más destacados se encuentran la compra de aeronaves F-16 y vehículos blindados Stryker —ampliamente utilizados por países miembros de la Alianza—, el interés manifestado en submarinos franceses de la clase Scorpène y reportes no confirmados sobre una posible evaluación del fusil israelí IWI Arad en calibre 5,56×45 mm OTAN. Si bien estas acciones no constituyen un paso directo hacia la obtención del estatus de socio global, contribuyen a generar un entorno material y doctrinario que podría facilitar una cooperación más profunda con la OTAN en caso de que la solicitud avance.

A pesar de las declaraciones oficiales y de la solicitud presentada, es necesario examinar los hechos concretos para evaluar la probabilidad real de que Argentina sea aceptada como socio global. En primer lugar, si bien el país ostenta desde 1998 el estatus de Aliado Extra-OTAN (MNNA)¹ con los Estados Unidos, esta designación nunca se tradujo en programas sostenidos de cooperación, interoperabilidad o modernización. En la práctica, el estatus MNNA tuvo un impacto limitado y no generó avances significativos en la alineación de Argentina con los estándares de defensa occidentales, lo que constituye un antecedente relevante que demuestra que el país ya había tenido acceso a un marco privilegiado de asociación sin aprovecharlo plenamente.

¹ MNNA: “Major Non-NATO Ally”. Un país con estatus MNNA puede acceder, entre otros, a los siguientes beneficios:

- Compra y prioridad en equipamiento militar estadounidense.
- Cooperación avanzada en defensa y tecnología.
- Participación en programas de investigación y desarrollo militar.
- Entrenamiento conjunto y ejercicios militares.
- Acceso preferente a financiación y préstamos militares.
- Depósitos de material bélico estadounidense en su territorio (según acuerdos).

Asimismo, el estatus de socio global requiere que los Estados mantengan capacidades mínimas para realizar ejercicios conjuntos, participar en programas de cooperación y sostener niveles básicos de interoperabilidad. Aunque las adquisiciones recientes representan un paso hacia la actualización del equipamiento, la situación general de las Fuerzas Armadas argentinas continúa definida por limitaciones estructurales: niveles muy bajos de adiestramiento debido a la escasez de munición, dificultades recurrentes para financiar combustible para vehículos, aeronaves y unidades blindadas, y carencias en el equipamiento individual, que van desde uniformes y cascos hasta chalecos de protección vencidos. Estas condiciones se sitúan muy por debajo de los estándares operativos esperados de los socios globales de la OTAN y podrían obstaculizar significativamente la evaluación de Argentina.

Estas limitaciones se ven agravadas por la situación salarial dentro de las Fuerzas Armadas, que afecta la retención de personal, la profesionalización y el funcionamiento cotidiano. Los salarios actuales se encuentran muy por debajo del costo de vida: un teniente percibe alrededor de USD 650 mensuales, mientras que la línea de pobreza para una familia tipo se sitúa aproximadamente en USD 900. Un coronel gana alrededor de USD 1.400. Esta brecha evidencia una contradicción fundamental: incluso cuando el país adquiere nuevos sistemas de armas, dichos esfuerzos pierden efectividad si no van acompañados de una logística adecuada, infraestructura y condiciones de vida dignas para el personal militar. La combinación de equipamiento moderno con salarios que no cubren necesidades básicas socava la disponibilidad operativa, la moral institucional y la percepción externa de confiabilidad. En consecuencia, este desequilibrio limita aún más la posibilidad de una evaluación positiva por parte de la OTAN, dado que el estatus de socio global exige no solo equipamiento interoperable, sino también fuerzas estables, profesionales y operativamente sostenibles.

Desde el retorno a la democracia en 1983, el gasto en defensa de Argentina ha mostrado una tendencia descendente persistente, pasando de aproximadamente el 2,7% del PBI en los primeros años a alrededor del 0,5% en la actualidad. Este patrón se ha mantenido independientemente de los cambios de gobierno, orientación política o conducción del área de defensa. La administración actual no es la excepción: en su primer año, el presupuesto de defensa se redujo en un estimado de USD 800 millones respecto de 2023. Para dimensionar la magnitud, el presupuesto anual de defensa de Argentina equivale a lo que Estados Unidos gasta en defensa en menos de un solo día. Esta disparidad pone de relieve la limitada capacidad de Argentina para sostener compromisos de defensa al nivel esperado de los socios globales de la OTAN y subraya que, más allá de adquisiciones y declaraciones políticas, la estructura financiera del sistema de defensa argentino sigue siendo un obstáculo central para una cooperación más profunda con la Alianza.

Otro factor que puede influir en la evaluación de la OTAN es la relación de Argentina con China, particularmente en lo referido a la dependencia financiera y a la presencia de infraestructura estratégica en el país. Durante la última década, Argentina ha suscripto múltiples acuerdos de financiamiento e inversión con Beijing. Además, la estación espacial

china en Neuquén —cuya administración y supervisión han sido cuestionadas por sus posibles capacidades de uso dual— genera preocupaciones dentro de la Alianza. Si bien estos elementos no constituyen impedimentos formales, son puntos sensibles que probablemente aparezcan en discusiones técnicas y políticas con la OTAN, especialmente en materia de transparencia, seguridad de la información y alineamiento estratégico. En consecuencia, los vínculos de Argentina con China podrían introducir condiciones o requerimientos adicionales en cualquier camino hacia una cooperación más estrecha.

Otro aspecto a considerar es la interpretación geopolítica que entiende a la OTAN, más allá de su rol formal como alianza de defensa colectiva, como un instrumento a través del cual Estados Unidos monitorea, coordina e influye en las políticas de seguridad europeas. Desde esta perspectiva, la Alianza funciona como un sistema de inteligencia y supervisión estratégica que permite a Washington mantener un control sustancial sobre el entorno de seguridad euroatlántico. Bajo esta lógica, si el objetivo de Argentina es fortalecer su alineamiento con Estados Unidos, la OTAN no sería estrictamente necesaria, ya que Washington puede promover de manera unilateral la modernización y el fortalecimiento de las capacidades de defensa argentinas mediante mecanismos bilaterales. En este sentido, la solicitud para convertirse en socio global aparece más como un gesto simbólico de alineamiento con Occidente que como un requisito operativo para cooperar con Estados Unidos.

La eventual designación de Argentina como socio global de la OTAN también depende del consenso de todos los Estados miembros, lo que añade una dimensión política al proceso. En este marco, el Reino Unido probablemente represente la mayor resistencia debido a sus intereses estratégicos en el Atlántico Sur y a la disputa de soberanía en curso sobre las Islas Malvinas. Asimismo, países como Hungría y Turquía han utilizado reiteradamente su poder de veto dentro de la OTAN para obtener concesiones políticas o económicas, incluso cuando sus objeciones no están directamente relacionadas con el asunto tratado. Estas dinámicas podrían demorar o condicionar la solicitud argentina independientemente de sus méritos.

Un factor adicional que pesa en la evaluación de la OTAN es la falta de continuidad estratégica de mediano y largo plazo en Argentina. Durante casi ocho décadas, los sucesivos gobiernos han oscilado marcadamente entre diferentes alineamientos internacionales y prioridades en defensa, modificando de manera significativa las orientaciones doctrinarias, presupuestarias y diplomáticas según la administración de turno. Esta volatilidad dificulta el establecimiento de una política de defensa de largo plazo y proyecta la imagen de un país cuya dirección estratégica puede cambiar cada cuatro años. Para la OTAN —cuyos mecanismos de cooperación se basan en la estabilidad, los compromisos sostenidos y la planificación plurianual—, esta inconsistencia constituye un obstáculo central, ya que genera dudas sobre si los compromisos asumidos se mantendrán, ampliarán o revertirán en el futuro. La falta estructural de continuidad de Argentina socava así su credibilidad como potencial socio global.

Perspectivas

Con base en los datos y el análisis presentados, la probabilidad de que Argentina sea aceptada como socio global de la OTAN en el corto y mediano plazo es baja. Para mejorar sus perspectivas, el país debería establecer un consenso político que garantice una política de defensa estable a lo largo de varias administraciones, incrementar y sostener el gasto militar a niveles comparables con los de sus pares regionales —al menos en torno al 1% del PBI— y avanzar en un proceso coherente de modernización, profesionalización e interoperabilidad de las Fuerzas Armadas. Solo en un escenario de largo plazo, con un grado de continuidad estratégica que Argentina no ha demostrado en décadas, podría considerarse una postulación más sólida.

Asimismo, es probable que las iniciativas vinculadas a un acercamiento a la OTAN contengan un componente declarativo significativo, orientado a reforzar el posicionamiento pro-occidental del gobierno en el plano interno. La solicitud para convertirse en socio global puede interpretarse más como una señal política que como un proceso institucional con altas posibilidades de éxito, especialmente a la luz de las limitaciones estructurales identificadas. En este sentido, es más probable que la iniciativa permanezca en el plano discursivo antes que materializarse en una asociación formal con la Alianza, funcionando como un gesto simbólico más que como un giro estratégico sustantivo.